

todo hacía esperar que el agudo y sensible cronista penetraría hasta el fondo, sin excesiva caridad ni temor.

MUNDO MUERTO (1)

Tobías Barros Alfonso, hijo del último Embajador de Chile en Alemania, ha sintetizado sus recuerdos en un libro breve que lleva el título de nuestra glosa. Su obra amena, digna de leerse sin pausa, nos ofrece un panorama de la Alemania nazi, durante la guerra y después de ella: en la euforia de la propaganda victoriosa y cuando las bombas aliadas habían destruído gran parte de las ciudades alemanas.

Como Barros Alfonso da la impresión de escribir sin mayores pretensiones literarias, con cierta displicencia aristocrática, preferible, a nuestro juicio, a la mezquindad indigente y a la envidia del artista profesional, resulta más interesante enjuiciarlo en su fondo que en su forma; mejor en los sentimientos que lo impulsan a escribir que en el testimonio estético que alcanza su obra. Estimamos que Tobías Barros escribe sin mayor deleite o tortura estética, de modo espontáneo y liso, dándole a su relato ese sabor de los diarios íntimos que mantienen los estudiantes como si los hicieran nada más que para sí mismos, pero sin perder la esperanza de mostrarlos y de obtener éxito. Considerado de este modo su diario, se descubre una inclinación sincera hacia la cultura alemana: una admiración, hábilmente contenida por el régimen de Hitler y luego una conmiseración afectuosa y ya sin ningún disimulo, por la desolación y ruina de la patria de Goethe. Entre ambos puntos corre la trayectoria espiritual del libro y aunque al lector polemista le saltarían a la lengua los sólidos argumentos para refutar al autor, se olvida del asunto, atraído por su frívola amenidad. Una amenidad que no reside en el estilo, ni siquiera en

(1) Imprenta «El Imparcial», 1948.

la forma, descuidada y a ratos incorrecta, sino más bien en la manera limpia, sui generis que posee Barros Alfonso para enfocar los sucesos, sin renunciar a su categoría de hijo de familia, algo regalón, ni al desenfado valeroso de sus opiniones. Quizá si influya en ello el ambiente juvenil europeo que nimba todos los episodios del libro, simbolizado por el ciervo blanco que cruza una autopista, usurpadora de su poético bosque y en la moral deportiva de los adolescentes. Esta nueva moral, que algún rígido cuáquero pudiera estimar corrupción, alienta todas las circunstancias que vive el protagonista y contrasta con el rubor que sofrena el escrito o con la vulgar prudencia del hijo del diplomático.

Es sorprendente, de todos modos, ver anotada la rotunda afirmación de que en París bullía un ambiente de abierta colaboración con los enemigos, que incluía el paseo de las mujeres elegantes frente a sus ojos ávidos y que, en cambio, en algunos países nórdicos la resistencia fué tenaz, doméstica y hasta pueril: desde el pequeño detalle hasta el sabotaje catastrófico. Lo mismo ocurre al informarse de que los «chilenos», prisioneros de la Gestapo en París, no sabían una palabra de castellano pero sostenían haber vivido todos en una misma casa ubicada en la calle Santo Domingo. En resumen, un libro de glosas amables, discutibles y amenas, que se hace leer, primera exigencia que puede formularse a un autor.

UN CUENTO

La narración de un cuento se hace más intensa cuando menos influye en su factura la retórica. El cuento tiene una gestación parecida al poema y al chiste, pues en forma análoga parecen concebirse ambos en el subconsciente. El maestro de los cuentistas modernos, Guy de Maupassant, sabe combinar los factores decisivos: el dramatismo de la anécdota, la fluidez vital del hecho, con el dominio de los pequeños recur-